



**Desde Robert Owen:
contexto histórico y de pensamiento en
la génesis
del “socialismo utópico”.**

José Ramón Álvarez Layna y Pilar Centeno Galván.



[...] De las ideas que los individuos asociarán con el término “Milenio”, no tengo ni idea, pero sé que la sociedad puede diseñarse al extremo de existir sin delincuencia, sin pobreza, sobre la base de una salud pública mucho mejor, con poca o aun sin miseria y con la inteligencia y la felicidad multiplicadas cientos de veces:

Y ningún obstáculo en absoluto media entre nosotros y este momento sino la estupidez de evitar que tal estado de desarrollo social sea universal”.

Owen, R.



RESUMEN:

En el presente texto, vamos a intentar introducir unos breves apuntes sin excesivas pretensiones acerca de lo que, desde un punto de vista histórico e intelectual, rodea las figuras de Robert Owen, Fourier o Saint Simon. Desde luego, en lo intelectual, las fuentes, de manera directa, no van a permitirnos hacer notar una influencia concreta en los “socialistas utópicos” del diecinueve en un sentido de abierta evidencia histórica. Eso va a ocurrir con escasa frecuencia. Ahora bien, lo que sí podemos hacer es reconocer en la Revolución Francesa de 1789 un punto de inflexión en las tradiciones radicales británica y continental, para introducir el romanticismo a modo de verdadera fuente de la que emana el pensamiento utópico decimonónico en el que leeremos algo de Robert Owen. Asimismo, nos acercaremos a una muy sucinta lectura del paleo-socialismo, apuntando hacia el contexto de las islas británicas, que son el marco de la Revolución Industrial, el otro gran acontecimiento en el transcurrir vital de los “socialistas utópicos”.

Palabras Clave: Cristiandad, Modernidad, Industrialismo, Socialismo Utópico, Socialismo, Racionalidad, Historia.



ABSTRACT:

In this text, we are going to try to introduce a few brief notes - without excessive pretensions -, concerning those things that, from a historical and also from an intellectual and point of view, surround the figures of Robert Owen, Fourier or Saint Simon.

Certainly, intellectually, our sources do not let us notice a very specific influence on the "utopian socialists" of the 19th Century. It will be very difficult to find historical evidence.

However, what we can do is to assume the French Revolution of 1789 as a turning point for the radical traditions, both British and Continental, to introduce Romanticism as the real source from which the utopian nineteenth-century thought was derived from.

Then, Romanticism is where we will be able to read something about Robert Owen. Likewise, we will approach a very succinct reading of paleo-socialism, focusing on the context of the British Islands where the Industrial Revolution took place to become another great event in the lifetime of the "utopian socialists".

Key words: Christianity, Modernity, Industrialism, Utopian Socialism, Socialism, Rationality, History.



I.

De romanticismo y pensamiento utópico.

El romanticismo no fue sólo un movimiento intelectual, literario y artístico, sino una auténtica revolución, político-social e individual, que traería consigo un cambio en la visión del hombre y de la naturaleza. Realmente, es posible que frente a ningún otro movimiento artístico existan tantas posibilidades en el enfoque de los estudios o aun tanta confusión. El romanticismo como crítica y como reacción al periodo ilustrado anterior, supuso un rechazo al orden social resultante de la Revolución Francesa. Y lo que a nosotros nos interesa subrayar hoy, es que durante esta etapa romántica se impondría una crítica sistemática de la razón y del modo de concebir y de entender el mundo. Las concepciones que emanan de la ciencia se revelan ahora inadecuadas, imponiéndose atención singular sobre aquello que por tradición había sido considerado no racional y que por tanto tampoco había sido objeto de estudio. Lo emocional será no sólo fuente de experiencia, sino condición de toda experiencia, atendiendo a sentimientos semejantes al horror o a lo sublime. Además, es característico del periodo romántico – que convive con un esfuerzo de expansión e internacionalización comercial y económica -, el subjetivismo en todos los ámbitos de la vida, así como la vuelta a las raíces de la cultura occidental. El abrumador dinamismo de la economía, provoca un malestar que busca su compensación en la recuperación de costumbres populares con las que construir una epistemología que permita pensar de nuevo el hombre y la naturaleza, es decir, un replanteamiento del ser, una nueva metafísica, que intente dejar al margen la identidad del hombre con una forma de racionalidad resueltamente enfrentada a los intereses de lo humano. Desde luego, el romanticismo se va a ver igualmente condicionado e influido por la ilustración, pero incorporando elementos propios de la tradición judeocristiana medieval en su anhelo de identidad, puesto que es la Edad Media el periodo que sienta las diferencias, las fisuras profundas para la formación de los Estados nacionales - ya modernos - en Europa.



El conjunto de las características señaladas, hasta el momento presente, no han sido referidas al terreno de la filosofía, - no han sido fundamentadas filosóficamente - aun cuando los pensadores del llamado “socialismo utópico” responden a concepciones metafísicas o alrededor del ser que habría que definir, que participan – sin duda -, de todas ellas. El “socialismo utópico” es, entonces aquí, tradición utópica y pensamiento romántico y, solamente de alguna manera, socialismo. Los modelos sociales propuestos por los Owen, Saint Simon o Fourier tienen algo de búsqueda de un equilibrio medieval, puesto que se cifran en torno a una búsqueda del ser que dé razón de la amplia transformación contextual de Occidente, que ya no puede hallar respuesta en la modernidad pre-industrial, esto es, en la nueva forma de posicionarse frente al ser que aparece en el renacimiento: el idealismo y esta nueva búsqueda debe comenzar más allá, desde ese territorio presuntamente oscuro de la Edad Media. Así es que el propio término romanticismo deriva de romance que es, como es sabido, un poema heroico medieval. No se ofrece así lugar a la búsqueda de una noción del ser más nueva, en la imposibilidad de andar hacia el futuro, hacia una noción del ser post-idealista, se busca en lo que es anterior, en lo medieval. Es algo que vemos en Fourier, tanto como en el cristiano Saint Simon. Y también en Robert Owen, el amigo de reconsiderar la razón y el Occidente desde el contacto con lo judío¹.

Por su parte, la expresión romanticismo hizo fortuna en el mismo periodo de expansión del movimiento, entre 1780 y 1850 para la vieja Europa y para los Estados Unidos de América. Como quiera que sea, resulta complejo abordar el estudio de la cuestión, por cuanto podemos trazar en el tiempo y de forma artificial un periodo o época romántica, hablar de la influencia del romanticismo, identificar un periodo romántico, pero no leer una reacción uniforme por parte de los integrantes de este movimiento definido también como la “Era de la

¹ Hay que decir que cualquiera de las numerosas obras de Reyes Mate termina por abrirse camino en este tipo de reflexiones. Y frecuentemente también por sentar los términos de la discusión. Pensemos en *Mística y política*, en *De Atenas a Jerusalén* o en *Memoria de Occidente* por sólo citar algunas de las obras de este insigne investigador que arrojan impagable luz sobre el particular asunto.



Reflexión”. El estudio de los romanticismos, entonces, nos acerca a un movimiento cultural amplio que presenciamos en Europa entre 1780 y 1850. Esta reflexión, que se orientará hacia la crítica de la herencia ilustrada, abarcará la música, la poesía, la pintura, la narrativa, la teología o la filosofía y resultará decisivo para el siglo diecinueve².

Los científicos europeos, desencantados, por una parte, con el fracaso de la nueva ciencia y por otra por el derrumbe de los ideales ilustrados de progreso y de bienestar para todos, de la ilustración, verán ahora una dictadura de la ciencia sobre el hombre que en su avance habría despreciado elementos tradicionales, culturales o antropológicos de valor³. Con ello, se hacía necesaria otra ciencia, otra visión, desde una metafísica diferente desde la que construir otro concepto de humanidad y de naturaleza, en una búsqueda de equilibrio que se hará presente en todos los ensayos de los “socialistas utópicos”, pero muy particularmente en el Robert Owen de New Harmony y en su afán por convertir al hombre y a la naturaleza en el centro del esfuerzo científico⁴.

La ilustración, salvando los casos escocés y alemán, había sido eminentemente francesa. Ahora, la reacción romántica iba a aparecer con mucha fuerza en el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y en el ámbito germánico⁵. En la ciencia y en el pensamiento del periodo romántico son autores de referencia Schelling -en su doctrina de la *Naturphilosophie*-, Humboldt o Lamark, si bien aquí, por la influencia que tuvo en el contexto de Robert Owen, apuntamos hacia la relevancia de la figura de Mary Shelley, que

² Cf. Cunningham, A. y Jardine, N., *Romanticism and the Sciences*: Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pág. 21 ss.

³ Cf. Van Straalen, B., *Romanticism in Science: Science in Europe, 1790-1840*: Boston, Springer, 1994, pág. 12 ss.

⁴ *Ibidem.*, pág. 14.

⁵ *Ibidem.*, pág. 12.



en *Frankenstein*, va a tratar todos los aspectos que en ciencia y en pensamiento podemos relacionar con las corrientes románticas, incluyendo la postura contraria al reduccionismo, a la manipulación de la naturaleza o a los problemas morales de la química, de la anatomía o de la filosofía⁶. Son elementos todos de un singular peso en los pensadores románticos, que se han llamado “socialistas utópicos” y son elementos de peso en Robert Owen también⁷. *Frankenstein* probablemente mejor que ningún otro comentario es representativo de la posición romántica en torno a los errores de la ciencia⁸ y representativo de la posición de los utópicos como Owen en ciencia social. El movimiento romántico aparece entonces en claro conflicto con la razón ilustrada, siendo reflejo de la misma crisis de la ilustración, ante una situación de quiebra que da alas a los románticos conscientes del momento histórico tan abierto que viven. La ilustración, desde sus rígidas concepciones, había pasado a convertirse para esta emergente sensibilidad en precisamente aquello que tanto se había criticado de la religión: un freno para el desarrollo de la humanidad.

Y en ese anhelo de libertad se verá atrapado precisamente el pensamiento utópico romántico que, a la vuelta de la construcción de la utopía terminará por mostrar un inquietante sesgo totalitario cuyas raíces hay que buscar en la influencia que tiene sobre los utópicos de la teoría política de algunos de los filósofos del siglo dieciocho, como Rousseau. Esa influencia va a ser percibida con nitidez en todos los utópicos sin excepción cuando el “sapere aude” ilustrado sea sustituido por el “atrévete a ser” romántico. Efectivamente, las diferencias entre los “socialistas utópicos” y aun entre el resto de manifestaciones políticas del romanticismo han de ser buscadas en ese esfuerzo rebelde de manifestación de la diferencia. Se plantea entonces la cuestión de si los “socialistas utópicos” fueron suficientemente significativos como para poder ver desde ellos el pasado y el futuro. O al menos saber si la

⁶ Cf. Shelley, M., *Frankenstein*: Londres, Penguin, 2003, pág. 25 ss.

⁷ Cf. Tawney, R. H., *The Radical Tradition*: Londres, R. Hinden, 1964, pág. 39.

⁸ Cf. Cunningham, A. y Jardine, N., *Romanticism and the Sciences*: O. C., pág. 20.



ilustración, el romanticismo e incluso la Revolución Industrial pueden contemplarse y entenderse desde ellos. Porque a partir de ahí sí se puede llegar al presente.

Estos dos aspectos: la introspección y la diferencia, van a estar muy presentes en Owen o en Saint Simon como elementos entre el dieciocho y el diecinueve. Entonces, en este punto, el romanticismo es la idea crítica y supone el esfuerzo necesario para realizar un enfoque diferente al anterior a modo de indicador preciso de la crisis de la razón. El caos aparece como amenaza clara con el "Terror", con Robespierre o con Napoleón y el esfuerzo del intento de superación de la crisis va a corresponder a los románticos. Un asunto el último que se puede seguir, en muy buena medida, en el pensamiento de los Owen, de los Saint Simon y de los Cabet.

Además, en las islas británicas, a este fenómeno cultural se unirá el impacto de la Revolución Industrial, que favorecerá la fuerte reacción romántica en el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda a partir de 1760. La consecuencia que nosotros traemos aquí es el divorcio entre la economía y la política oficiales con respecto a la economía y la política reales. Ese divorcio acabará por amenazar con un desastre moral frente al que los románticos pretenderán construir nuevos sistemas de orden, desde una tradición⁹ a la que el subjetivismo romántico pretenderá dar nueva forma. Asimismo, esa búsqueda se ve guiada por un intento de reconstruir una nueva noción de ser y, por tanto, de una nueva racionalidad¹⁰ situada más allá del estrecho marco de la ilustración del siglo dieciocho. Esta tradición, la del racionalismo dieciochesco, encontrará su proyección en el siglo diecinueve británico a través del utilitarismo y de figuras

⁹ El apunte se hace todavía más evidente si se cita la *Nueva Cristiandad* de Saint Simon, publicada en 1834.

¹⁰ Cf. Owen, R., *The Revolution in the Mind and Practice of the Human Race: or the Coming Change from Irrationality to Rationality*: Londres, Effingham Wilson, 1849. La nota resulta aclaratoria en más de un sentido, puesto que en ella se va a abordar, de manera nítida en Robert Owen, un esfuerzo de re -configuración de la razón consistente con ideas arrastradas por este "socialista utópico" desde el los años 1815 o 1816.



como Bentham, a la que se acerca y de la que se aleja también Robert Owen, de modo que resulta significativa la continuidad de la tradición dieciochesca en el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, cuando él mismo más se va a acercar al romanticismo a partir de los años veinte. Igualmente, Owen se acercará al movimiento de los trabajadores británicos próximos a la tradición jacobina, sentándose las bases para la escisión entre el owenismo y el cartismo. Porque los románticos acusarían esa oposición entre sus propias identidades y la identidad de los herederos del siglo dieciocho que tiene esta incidencia franca y abierta en el Robert Owen de los años veinte y treinta del siglo diecinueve.

Luego, para el pensamiento antropológico de los utópicos, la simplificación del hombre que hacen los filósofos es insultante y cierta noción de desprecio frente a lo inmediatamente anterior es posiblemente un elemento de debilidad en toda su aportación ideológica. Porque para pensadores como Fourier o como Robert Owen, los asuntos identitarios, tema propio del romanticismo, cobran gran importancia. Así, este grupo de pensadores “utópicos” aún influidos por el dieciocho y por las luces, no se va a apartar de sus raíces judeocristianas sino para recrearlas desde un subjetivismo religioso o teológico romántico muy atractivo al suponer un filtrado de las tradiciones ilustrada y judeocristiana sobre el que hemos de llamar la atención.

El periodo de guerra europea que va de 1793 a 1815 será también un periodo en el que aparezcan ya en franca confrontación las ideas ilustradas y las ideas románticas. Dado que las guerras napoleónicas contribuyen a que en el contexto no francés se desarrolle un especial rechazo con respecto a ciertos aspectos de la herencia intelectual del siglo dieciocho, que parece abanderar el Emperador mismo. Tras el Congreso de Viena en 1815, la crítica romántica, más fuerte ya, tomará como objetivos algunas formas de materialismo, el individualismo o el liberalismo y muchos otros aspectos relacionados con la modernidad y con la Revolución Industrial que, con el fin de la guerra, entra en crisis en el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda. Y en el caso concreto de autores como Robert Owen, se dará un giro espectacular en este periodo, en el que se pasa del filantropismo dieciochesco - ilustrado al utopismo romántico. Vamos, por tanto, viendo cómo el romanticismo acusa la persistencia de la



ilustración por una parte, mientras por otra toma posiciones frente a ella. Ello hace de los pensadores románticos, especialmente de los utópicos, pensadores muy eclécticos que cobrarán la importancia - hasta ahora no reconocida académicamente -, de trasladar la hegemonía del pensamiento desde Francia a las islas británicas y al propio ámbito germánico tras décadas de predominio del pensamiento francés, que es derrotado junto a la “Grande Armée”.

Ahora bien, la “Grande Armée” y los conflictos que la acompañan no supondrán en modo alguno el origen único del pensamiento romántico. Porque son muchos otros los factores que explican que este pensamiento romántico actúe, en buena medida, como elemento a partir del cual se presente la aspiración a nuevas identidades y a nuevos proyectos para Europa. De entre ellos, cabe mencionar las ya aludidas transformaciones sociales que provoca la Revolución Industrial, el aparente agotamiento del programa ilustrado o el rearme de los grupos sociales ligados al Antiguo Régimen. En su caso, hay que decir que los pensadores románticos quedarán vinculados con frecuencia a ideas nacionalistas, en las que se unen buena parte de las características que son comunes al movimiento en toda Europa.

Consecuentemente, los pensadores románticos en general y los utópicos en particular son aquellos que se oponen a lo académico con mayor nitidez, puesto que entienden que el academicismo es a la creación o al pensamiento lo que el Ejército de Napoleón a Europa. Así, la compleja posición del creador romántico va a determinar el público al que va a ir dirigida la obra, sea esta filosófica, literaria o plástica. El pensador utópico entonces, ya no va a pensar solamente para la aristocracia, aunque retenga elementos propios del pensamiento de Antiguo Régimen. Consistentemente con esto último, el pensador utópico tampoco se dirigirá a las masas – a las que, románticamente, no se considera - sino que se dirigirá a las emergentes clases medias tanto en el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda como en Francia. Los acontecimientos europeos del momento: la Revolución Francesa, la Revolución Industrial o las guerras napoleónicas, configurarán la experiencia de diferentes generaciones de europeos a uno y otro lado del canal. Por ello, el pensamiento de 1790 y el pensamiento de 1820 poco o nada van a tener que ver entre sí.



Personajes de tan larga vida como Robert Owen son modelos ideales a la hora de leer el impacto de las transformaciones a las que hacemos referencia. También lo es, aunque muere pronto, en 1825, Saint Simon.

En cualquier caso, a la hora de hacer historia de las ideas, resulta difícil distinguir el momento exacto del impacto de unas ideas y de otras. Esta dificultad aumenta en el caso del romanticismo por el carácter difuso e impreciso del movimiento, hablamos entonces, aquí de un herderiano "Zeitgeist". Y sin embargo las diferencias entre una etapa y la otra, no podrían resultar más profundas. Tanto es así que se puede situar en este hiato el momento de arranque de nuestra contemporaneidad. Si no de los románticos, nosotros somos los herederos de la rebelión romántica contra la ilustración. Y es así pese a que tanto para los ilustrados como para los románticos la naturaleza se aceptaba como el fundamento general del pensamiento, pero, claro está, se trata de dos naturalezas muy distintas: para unos se entiende la naturaleza como el mecanismo bosquejado por Descartes y completado por Newton, modelo riguroso para el orden social que los jacobinos aplicaron con las consecuencias de todos conocidas, mientras que para los otros se trata del fundamento viviente que nutrirá con su savia, filtrada a través del cedazo de las tradiciones histórico-culturales, el universo humano que queda así orgánicamente vinculado con ella. No poco de este espíritu se ve reflejado en el pensamiento derivado o psicología de carácter ambientalista que vemos poner en práctica a Robert Owen en su primera etapa en la experiencia de New Lanark y que vemos tiene impacto en buena parte de la obra de Saint Simon. Y es que para los románticos – ya se ha dicho antes - esas ideas ilustradas resultaban de un reduccionismo intolerable.

El romanticismo, según lo recogen los "socialistas utópicos", ha de considerarse una revisión general del pensamiento ilustrado. Y apuntamos a los utópicos porque en ellos va a estar siempre presente esa búsqueda de las fuentes de conocimiento que hacen temblar las bases de toda la concepción moderna de pensamiento, que tiene su fundamento en una metafísica inadecuada para explicar el conjunto de la realidad humana. Con frecuencia, esa búsqueda de la verdad, entre la sinceridad y la subversión, llegará a considerar la energía como principio fundamental de la realidad, adelantándose



en el tiempo al propio siglo veinte¹¹. La energía, el sexo y la belleza ocupan en consecuencia un lugar central en la epistemología romántica. William Blake es bastante explícito en la búsqueda del principio del ser cuando nos pide que nos bañemos en las “aguas de la vida”. Y este principio vital, conduce a los románticos en general y a los utópicos en particular, a concebir la historia como algo dinámico y como algo evolutivo. Por supuesto, las consecuencias de la experiencia serán rotundas, el resultado: la fractura de todo el opresor entramado racionalista. El mundo romántico es un mundo en desarrollo, un mundo vivo en un continuo proceso de desenvolvimiento histórico que lleva implícito el germen para que en las ideas de Hegel en torno al despliegue del espíritu, se anuncie remotamente la era de la brutalidad y el totalitarismo que, por otra parte tiene su origen, como nos recuerda Hannah Arendt, en la fractura de la tradición, paradójicamente reivindicada por los románticos. En el volver a implantar la concepción moderna en el pensamiento evolutivo que han originado a su modo los pensadores del romanticismo europeo, frente a lo cual los pensadores utópicos harán un sincero esfuerzo por religar hombre, naturaleza y Dios, por construir una epistemología para la vida y para lo vivo. Diríamos, románticamente, que se trató de un evolucionismo erróneo y descastado que trajo tres versiones totalitarias a la historia universal: el nazismo, el estalinismo y ese totalitarismo sui generis, al que podemos llamar fundamentalismo de mercado, con su visión teleológica de la economía o de la política¹². Con todo ello, la obra de Hegel hará palidecer todo esfuerzo anterior y llevará a los utópicos del diecinueve a ocupar un muy injusto lugar en las bibliotecas de Occidente.

¹¹ El conflicto con la física es evidente en la obra de, por ejemplo, Fourier. Cf. Fourier, Ch., *Fourier: The Theory of the Four Movements*: Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pág. 163 ss.

¹² Cf. Fukuyama, F., *El fin de la historia y el último hombre*: Barcelona, Planeta, 1994.



II.

La Revolución Industrial y el pensamiento utópico.

La Revolución Industrial supuso una transformación fundamental y una recreación de las condiciones generales y culturales del mundo. Tal transformación tuvo lugar entre los siglos dieciocho y diecinueve, representando el marco en el que se desarrollaron las ideas utópicas decimonónicas que nos ocupan en este esfuerzo¹³. Precisamente, semejante radical transformación de las condiciones de la existencia humana tiene su origen en el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, desde donde se extendió el cambio al resto del mundo. Para Gordon Childe, la Revolución Industrial es comparable en la historia universal al paso del paleolítico al neolítico o a la misma aparición de las ciudades.

Sobre lo anterior, hay que comentar que Robert Owen es el “socialista utópico” de referencia, pues, de hecho, nace en un Reino Unido de Gran Bretaña en transformación, que desde la segunda mitad del siglo dieciocho verá cómo el trabajo manual, base de la economía tradicional hasta entonces, pasa a maquinizarse¹⁴. Esta mecanización comenzará por dejarse sentir en una industria especialmente ligada a Owen: la textil. Desde el textil, iba a extenderse a otros ámbitos de la economía¹⁵. El imponente aumento de la producción que supuso el cambio iba a atraer hacia sí un interés en la

¹³ Aspectos cronológicos y conceptuales previos al estudio en profundidad – que aquí no se pretende –, de la Revolución Industrial, en: Wrigley, E. A., *Cambio, continuidad y azar. Carácter de la Revolución Industrial inglesa*: Barcelona, Crítica, 1993, pág. 23 ss.

¹⁴ Cf. Berg, M., *La era de las manufacturas: 1700 – 1820*: Barcelona, Crítica, 1987. El capítulo cuarto del trabajo centra su atención de modo especial en el asunto que tratamos.

¹⁵ *Ibidem.*, pág. 57 ss.



expansión del comercio, que exigiría a su vez nuevas infraestructuras¹⁶. La expansión de la producción es radical con la introducción de maquinaria completamente metálica en las primeras décadas del siglo diecinueve, en una transformación que percibirá el Robert Owen ilustrado y de la que tomará ventaja, porque como se ha hecho notar por biógrafos de Owen –Podmore-, la transformación corre paralela a la vida de este pensador y filántropo galés¹⁷.

Para Hobsbawm, el proceso industrial explotaría hacia 1780 y duraría hasta los años treinta del diecinueve¹⁸. Otros autores, ofrecen cronologías diferentes, más y menos generosas. Sobre estas consideraciones cronológicas, en aquello en lo que todos los historiadores están de acuerdo es en que la Revolución Industrial multiplicó la riqueza disponible y, con ella, las diferencias sociales entre unos seres humanos y otros, asunto este último con el que se relaciona la reacción romántica y utópica objeto de nuestra atención aquí – claves para nuestro tiempo –, y que, en Robert Owen, es posterior a un primer esfuerzo reformista de cuño dieciochesco. Aunque en torno al origen o las causas que producen la Revolución Industrial en el Reino Unido, el acuerdo entre académicos es menor, lo cual tiene consecuencias historiográficas considerables, cualquier transformación en el modo en el que se entiende el proceso en el territorio que lo vio nacer, tiene también repercusiones en otros ámbitos. Así los historiadores se dividen a la hora de conceder importancia a las relaciones con las colonias¹⁹, o a la liberalización del comercio británico que

¹⁶ Cf. Meier, G. M y Rauch, J. E., *Leading Issues in Economic Development*: Nueva York, Oxford University Press, 2000.

¹⁷ Cf. Podmore, F., *Robert Owen, A Biography*: Honolulu, University Press of the Pacific, 2004.

¹⁸ Cf. Hobsbawm, E., *The Age of Revolution: Europe 1789–1848*: Londres, Vintage, 1996.

¹⁹ Para un biógrafo de Robert Owen como Podmore, la señalada es, en la Revolución Industrial, una causa mayor. Cf. Podmore, F., *Robert Owen, A Biography*: O. C., pág. 25.



se viene produciendo de manera acelerada desde el “Siglo de las Luces”. Aquella liberalización británica que monarquías más sólidas no afrontan permite al Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda aparecer como el único contexto “nacional” europeo en el que las guerras napoleónicas no solamente no han propiciado una hecatombe económica sino que han conducido a un crecimiento económico notable, aunque desequilibrado. Sobre esa circunstancia, además, Su Graciosa Majestad²⁰ contaría con una “Royal Navy” en plena superioridad con respecto a sus rivales históricos que, por si fuera poco, había hundido toneladas de mercantes pertenecientes a otras flotas durante la guerra contribuyendo a perfilar el diecinueve como un siglo británico. Las guerras napoleónicas, sobre lo hasta aquí dicho, no llegan a tocar suelo británico incluso cuando destruyen buena parte de Europa, lo que generará una posición de fuerza para el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda en el periodo posterior al Congreso de Viena.

Otro enfoque clásico es el que trata de explicar el proceso de la Revolución Industrial desde la revolución agrícola previa que encontraría su fundamento en los “enclosures” – “cercamientos”. En estos enfoques, más economicistas, el determinismo geográfico también ha hecho fortuna. Y es que en el Reino Unido de Gran Bretaña se darán condiciones muy favorables que ligan los recursos naturales a los focos de consumo de la Primera Revolución Industrial, tanto en el Norte de Inglaterra, como en Escocia y Gales²¹.

²⁰ Jorge III fue Rey de Inglaterra entre 1760 y 1820 y Jorge IV fue Rey de Inglaterra entre 1820 y 1830. Aquí, tendríamos como trasfondo estos dos reinados, a los que siguieron el del Rey Guillermo IV hasta 1837 y el de la Reina Victoria hasta 1900.

²¹ En relación con la misma cuestión, existe una muy buena aproximación, por lo amplio de su registro escópico en el clásico que sigue: Langton, J., *Geographical Change and Industrial Revolution*: Cambridge, Cambridge University Press, 1979, pág. 5. *Ibidem.*, pág. 161 ss.



Más allá y desde el punto de vista político, también se ha hablado de la influencia que el periodo posterior a 1688, como elemento de estabilidad, pudiera haber llegado a tener.

Y un último aspecto en relación con las causas del fenómeno, un aspecto puramente cultural pero no por ello menos relevante es el apuntado por las tesis de Weber, que relacionan la aparición y el desarrollo del capitalismo con la ética protestante. Ciertamente, estudiando a Robert Owen, las tesis weberianas, y el elemento judío, protestante y judaizante se relacionan con el conjunto de las cosas a través de ideas y de personas concretas. Lo evidente es, en todo caso, que tanto cuáqueros, como baptistas y otros “dissenters” – “disidentes”, entre los cristianos y entre los judíos, van a detectarse con facilidad en todo tipo de movimiento reformista conducente a una estructura política más abierta, más liberal. Estos grupos religiosos, que no tienen equivalente en el resto de Europa, se verán relacionados históricamente con los orígenes y con la estabilización de la Revolución Industrial. Asimismo, y con la creación de proyectos de reforma, muy evidentes sobre todo en la educación, con la fundación de las universidades escocesas.

El programa de expansión generalizada de la población, de la economía, de la empresa o del Estado permanece además lejos del totalitarismo en tanto que es amarrado de algún modo por la tradición - local e históricamente entendida -²².

No hay que decir que la Revolución Industrial, por supuesto, ofrece sus consecuencias más discutidas y más duras para la sociedad²³. Y es alrededor

²² A la luz de las aportaciones de la autora Mónica Giardina, vemos aquí una suerte de debilitamiento de D-s que permite la convivencia de los procesos. Cf. Giardina, M., *Elementos para pensar el retorno de lo religioso. Acerca de Gianni Vattimo y Leonardo Boff*: En “A Parte Rei”, Madrid, 54, 2007.

²³ Existe una sobresaliente aproximación a la realidad social de la época desde el punto de vista de la historia del arte en: Klingender, F. D., *Arte y Revolución Industrial*: Madrid, Ensayos Arte Cátedra, 1983, pp. 168-169. El texto sólo se acerca a la cuestión owenita tangencialmente, pero constituye una aportación sobresaliente en cuanto que descripción general del proceso desde la historia del arte.



de lo social, evidentemente, que se nos ofrecerá un acercamiento más claro desde el contexto de desarrollo de la Revolución Industrial a las tradiciones reformista ilustrada primero y utópica después que representa Robert Owen. En general, en el ámbito social, la Revolución Industrial supone el triunfo de industriales, de hombres de negocios y de clases medias frente a las grupos sociales cuya fuente de riqueza guardaba relación con la tenencia de la tierra. Una transformación económica del calado del de la propia Revolución Industrial, que transformará la realidad social en extremo, ofrece nuevas posibilidades de trabajo y de enriquecimiento a unos y cierra vías de desarrollo para otros, para los menos adaptados al cambio.

Entre las consecuencias sociales más negativas de la Revolución Industrial, encontramos, en primer término, el trabajo infantil²⁴. En el marco de una expansión de la natalidad, que se une a una disminución de las tasas de mortalidad, nos encontramos con un aumento significativo de la población británica pero con escasas posibilidades educativas para la juventud durante el siglo dieciocho y aún durante la primera mitad del siglo diecinueve²⁵. Los niños fueron mano de obra barata, fundamental para el éxito de la Revolución Industrial, se les pagaba menos, pese a su productividad alta y aunque haya de aceptarse que el trabajo infantil existía antes de la Revolución Industrial, ésta

²⁴ Cf. Rule, J., *Clase obrera e industrialización. Historia social de la Revolución Industrial británica, 1750 – 1850*: Barcelona, Crítica, 1990, pág. 253 ss.

²⁵ De hecho, apuntes en torno a los desajustes de capital humano en el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda en el periodo de Revolución Industrial, van a aparecer también en relación con el deficiente desarrollo del sistema educativo en: Alberto, E. y Ordoñez, J., *Historia de la ciencia: "Colección Cuadernos de Apoyo"*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1988, pág. 49. Se desprende del estudio que se cita el hecho de que el Reino Unido de Gran Bretaña desarrollase más rápidamente el capital que los recursos humanos. Lo contrario ocurre en Francia, país desde el que se importó capital humano formado al Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda durante la Revolución Industrial.



supuso un deterioro extraordinario en las condiciones del trabajo de los niños. El gobierno y diferentes agentes sociales, fundamentalmente particulares e iglesias, intentaron afrontar a lo largo de la larga vida de Robert Owen la reforma de la cuestión, si bien en muchos casos, las “Factory Acts” no llegaban a cumplirse en la práctica. Tras la asunción del proyecto de New Lanark, Robert Owen prestará una singular atención, desde 1800, a este problema, consiguiendo resultados espectaculares que atraerían la atención de lo más representativo de la sociedad británica: la mejora de las condiciones materiales de existencia de los niños y la potenciación de la moralidad en el entorno familiar se encuentran en la base del esfuerzo de Owen en Escocia. Ello debido a que las condiciones domésticas y familiares de la parte de la sociedad británica menos beneficiada por la Revolución Industrial empeoraron hasta límites extremos. Y la situación se radicaliza tras 1820²⁶: mientras las clases más pudientes vivían en mansiones, los estratos más pobres de la sociedad se hacían en espacios muy reducidos e insalubres, compartiendo todo tipo de servicios. Como resultado, las enfermedades asociadas a la falta de salubridad se hicieron frecuentes y tuvieron un impacto a medir por grupo social, algo que ilustran muy bien las novelas de Dickens²⁷.

El urbanismo de la época es, de hecho, una de las mejores fuentes a la hora de constatar las diferencias entre unos seres humanos y otros que resultan del *Prometeo desatado*²⁸. La reacción del reformismo owenita y del utopismo owenita consistirá en definir espacios y tiempos adecuados para reproducir condiciones en las que todas las clases sociales puedan alcanzar un desarrollo

²⁶ Cf. Rule, J., *Clase obrera e industrialización. Historia social de la Revolución Industrial británica, 1750 – 1850*: O. C., pág. 252.

²⁷ La cuestión en otras artes, otra vez en Klingender, F. D., *Arte y Revolución Industrial*: O. C. .

²⁸ Es precisamente por la cita de Prometeo que comienza la exposición del proceso de Revolución Industrial en Villares, R. y Bahamonde, A., *El Mundo Contemporáneo. Siglos XIX y XX*: Madrid, Taurus, 2001, pág. 15.



mínimo y útil para el propio Estado británico. Al espacio y al urbanismo, como síntoma de decadencia y de debilidad de una época, se prestará una atención sobresaliente en Robert Owen, para el cual, en New Harmony – Estados Unidos – el urbanismo llega a representar un símbolo y, como el jardín romántico, casi un código esotérico en sí mismo. Una crítica espacial radical de la concepción moderna²⁹. El Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda no era, no obstante, la tabula rasa que en numerosas ocasiones el pensamiento utópico requiere. Y posiblemente tras la restauración de Carlos III en 1660 la reestructuración radical del Reino Unido de Gran Bretaña se consideraría imposible³⁰.

Hasta Robert Owen.

Conclusiones.

Primero, en este artículo hemos podido leer el “socialismo utópico” en relación con la modernidad industrial y en relación con el romanticismo.

Segundo, en este artículo hemos podido leer algo más en relación a la visión que el “socialismo utópico” aporta en el contexto de la Revolución Industrial y en el contexto de la dinámica de expansión generalizada de la población, de la economía, de la empresa o del Estado propiciada por ésta.

Finalmente, hay que decir que en este artículo hemos podido acercarnos a unas notas en torno a la relevancia que tuvo un hombre como Robert Owen en un tiempo como el que él vivió y en torno a cuestiones tales como la economía, la industria, la educación moderna, la reforma social, la arquitectura o el urbanismo.

²⁹ La efectiva utopía moderna, como “Sinapia”, que diríamos para el contexto español, es geométrica y geometrizante. Cf. Avilés Fernández, M., *Sinapia, una utopía española del siglo de las luces*: Madrid, Nacional, 1976, pág. 23.

³⁰ Cf. Baker – Smith, D. y Barfoot, C. C., *Between Dream and Nature: Essays on Utopia and Dystopia*: Ámsterdam, Rodopi, 1987, pág. 43.



Bibliografía general:

- Avilés Fernández, M., *Sinapia, una utopía española del siglo de las luces*: Madrid, Nacional, 1976.

- Baker – Smith, D. y Barfoot, C. C., *Between Dream and Nature: Essays on Utopia and Dystopia*: Ámsterdam, Rodopi, 1987.

- Berg, M., *La era de las manufacturas: 1700 – 1820*: Barcelona, Crítica, 1987.

- Cunningham, A. y Jardine, N., *Romanticism and the Sciences*: Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

- Fukuyama, F., *El fin de la historia y el último hombre*: Barcelona, Planeta, 1994.

- Hobsbawm, E., *The Age of Revolution: Europe 1789–1848*: Londres, Vintage, 1996.

- Klingender, F. D., *Arte y Revolución Industrial*: Madrid, Ensayos Arte Cátedra, 1983.

- Langton, J., *Geographical Change and Industrial Revolution*: Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

- Mate, R., *De Atenas a Jerusalén*: Madrid, Akal, 1999.

- Mate, R., *Memoria de Occidente*: Barcelona, Anthropos, 1998.



- Mate, R., *Mística y política*: Estella, Verbo Divino, 1990.
- Meier, G. M y Rauch, J. E., *Leading Issues in Economic Development*: Nueva York, Oxford University Press, 2000.
- Podmore, F., *Robert Owen, A Biography*: Honolulu, University Press of the Pacific, 2004.
- Rule, J., *Clase obrera e industrialización. Historia social de la Revolución Industrial británica, 1750 – 1850*: Barcelona, Crítica, 1990.
- Shelley, M., *Frankenstein*: Londres, Penguin, 2003.
- Tawney, R. H., *The Radical Tradition*: Londres, R. Hinden, 1964.
- Van Straalen, B., *Romanticism in Science: Science in Europe, 1790-1840*: Boston, Springer, 1994.
- Villares, R. y Bahamonde, A., *El Mundo Contemporáneo. Siglos XIX y XX*: Madrid, Taurus, 2001.
- Wrigley, E. A., *Cambio, continuidad y azar. Carácter de la Revolución Industrial inglesa*: Barcelona, Crítica, 1993.

Otras publicaciones:

- Alberto, E. y Ordoñez, J., *Historia de la ciencia*: “Colección Cuadernos de Apoyo”, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1988.
- Giardina, M., *Elementos para pensar el retorno de lo religioso. Acerca de Gianni Vattimo y Leonardo Boff*: En “A Parte Rei”, Madrid, 54, 2007.

Fuentes:



- Fourier, Ch., *Fourier: The Theory of the Four Movements*: Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

- Owen, R., *The Revolution in the Mind and Practice of the Human Race: or the Coming Change from Irrationality to Rationality*: Londres, Effingham Wilson, 1849.